
Indiferencia y Resignación de la Sociedad

Democracia Aletargada

27-II-91

- ★ Aceptación Implícita de la Realidad Autoritaria
- ★ La Impotencia Sistemática También nos Corrompe
- ★ Herencia Tremenda: Tres Siglos de Obediencia Ciega

LORENZO MEYER

"...Todos nosotros nos hemos acostumbrado al sistema totalitario, lo hemos aceptado como un hecho inalterable y, por consiguiente, lo hemos mantenido funcionando. En otras palabras, todos somos responsables, cada uno en un grado diferente, de mantener funcionando la maquinaria totalitaria. Ninguno somos simplemente víctimas de ello, porque todos contribuimos juntos a crearlo".

No es frecuente que alguien, y menos el máximo líder de un país, se aventure a sugerir que en la creación y, sobre todo, en el mantenimiento de un sistema antidemocrático la culpa no debe de recaer exclusivamente en los gobernantes y sus colaboradores, sino que el círculo de responsables en diferentes grados es mucho más amplio, tan amplio que bien puede abarcar a prácticamente toda la sociedad. En efecto, lo que se afirma en el párrafo inicial es que en este siglo XX que está llegando a su final, una parte de

SIGUE EN LA PAGINA DOCE

DEMOCRACIA

Sigue de la primera plana

la culpa en la creación y preservación de sistemas antidemocráticos deben asumirla las propias víctimas de la dictadura, la masa ciudadana, por haber aceptado y haberse adaptado a una situación contraria a las normas de legitimidad del poder.

Quien afirma algo tan duro para los que sufrieron en silencio los efectos humillantes, degradantes, de una dictadura, no es una persona cualquiera sino alguien que sabe, por su propia experiencia, de lo que está hablando. En efecto, el Presidente Václav Havel, de Checoslovaquia fue, por un buen tiempo, parte de un grupo muy selecto y poco envidiable de ciudadanos checos: el formado por los que optaron por resistir a una dictadura que parecía fuerte en extremo mientras el grueso de sus conciudadanos — más prudentes y aparentemente más realistas — se

dedicaron simplemente a la tarea de sobrevivir, cuidando de sus intereses individuales y por ello optaron por obedecer, sin convicción pero de manera efectiva, a los que hace más de veinte años acabaron con ese brote de libertad que asombró a todo el mundo y que vino a ser conocido como "la primavera de Praga" y cuyo símbolo fue Alexander Dubcek.

La cita que abre este artículo pertenece a un discurso que el Presidente Havel dirigió a sus conciudadanos con motivo del año nuevo en enero del año pasado. En general la mayoría de los mensajes presidenciales, aquí o en cualquier otra parte del mundo, nada tienen de memorable y se olvidan tan pronto como terminan. Pero ese no es el caso del actual Presidente checo: la personalidad y la circunstancia de su país — el retorno a la democracia tras cuarenta años de dictadu-

ra — permiten que su discurso político sea fresco, sustantivo y que se adentre en terrenos poco trillados. Quizá el paso del tiempo, el desgaste que inevitablemente acompaña a todo el ejercicio del poder, lo cambie, pero por ahora hay que aprovecharlo como la experiencia de alguien que va adelante de nosotros en el camino de la transición del autoritarismo a la democracia.

En la ocasión señalada, y tras recordar a su auditorio lo que nadie podría haber olvidado — la arrogancia del poder autoritario y la degradación sistemática del ambiente moral de la sociedad checoslovaca — el Presidente Havel señaló que era indispensable que cada ciudadano comprendiera y aceptara que la dictadura que acababa de morir dejaba un legado que no era únicamente el producto de las acciones de unos pocos sino también de la actitud de la mayoría. Solamente partiendo de la aceptación de esa premisa — la autocritica sincera — se podría actuar con responsabilidad en el futuro democrático. Es indispensable, insistió Havel, reconocer esta parte del "fondo trágico" de la libertad de la Europa del Este para que no se vuelva a repetir.

Todo lo anterior viene a cuento para reafirmar que

lo realmente importante ahora que el debate sobre la democracia tiene prioridad en la agenda política de nuestro país no es simplemente reconocer que el poder corrompe, especialmente el que no se encuentra limitado por las estructuras democráticas — en México eso lo sabe cualquiera que llega a la adolescencia, o posiblemente antes —, sino la otra cara de esa moneda: que la ausencia de poder, la impotencia sistemática, también corrompe y profundamente. Y, de nuevo, el Presidente Havel sintetizó muy bien la naturaleza de esa corrupción producto de la falta mínima de poder que el ciudadano requiere para mantener su dignidad frente a sí mismo, frente a sus iguales y, sobre todo, frente a la autoridad.

"Nos hemos 'vuelto' — dijo Havel refiriéndose a la Checoslovaquia que acababa de quedar en el pasado, la de la dictadura en nombre del proletariado — moralmente enfermos, porque nos hemos acostumbrado a decir una cosa y pensar otra. Hemos aprendido a no creer en nada, a no tener consideración unos de otros y a buscar solamente el propio bienestar. Conceptos como amor, amistad, compasión, humildad y perdón han perdido su profundidad y dimensión, y para ciertos de nosotros parece ser cierta clase de reliquia extraviada de tiempos pasados, algo más bien cómico..."

El diagnóstico que el Presidente Havel hizo de su propia sociedad antes de la transición a la democracia, bien pudiera ser aplicado, casi nunto por punto, a la nuestra. Y por las mismas razones. Pero en nuestro caso, la situación es algo más grave. No sólo porque en México el siste-

A L E T A R G A D A

ma autoritario no es algo del pasado, sino una realidad con fuerte raíz en el presente y que amenaza con prolongarse hacia el futuro. A diferencia de Checoslovaquia y de otras sociedades del este de Europa —pero a semejanza de la Unión Soviética—, en México no tenemos ninguna tradición de democracia política durante un periodo prolongado; no podemos echar mano de alguna experiencia del pasado que vaya más allá de esos brillantes pero breves momentos del maderismo a principios del siglo.

Nosotros, desafortunadamente, no estamos en condiciones de hacer lo que el Presidente checoslovaco les pidió a sus conciudadanos: reactivar las tradiciones democráticas aletargadas en la subconsciencia colectiva, pero finalmente presentes, gracias a que sigilosa pero efectivamente habían sido pasadas de una generación a otra. El reto mexicano es mayor que el del este europeo. Nosotros tenemos que iniciar esa tradición democrática, y en un ambiente internacional muy diferente al de Euro-

pa Oriental, pues respecto a México las grandes potencias que tanto vitorearon la caída del Muro de Berlín y todo lo que ello significaba, resulta que son indiferentes o francamente hostiles al cambio de la naturaleza del sistema político mexicano.

Todo indica que la predictibilidad del proceso político que en México provee el PRI, les resulta muy atractiva a las potencias con las que nuestro país tiene que tratar cotidianamente, especialmente Estados Unidos; de ahí que oficialmente el mundo externo encuentre cómodo y conveniente aceptar como real lo que bien saben que no es: el discurso oficial mexicano que asegura que desde la conclusión de la Revolución Mexicana, hace más de 70 años, nuestro país es una democracia.

Pero la indiferencia externa a los intentos mexicanos por superar su añeja realidad autoritaria no es un problema tan serio como la indiferencia interna. Lo mismo desde las alturas del gobierno que desde la oposición se insiste de una y mil ma-

neras que la tradición histórica mexicana es una de lucha constante por la libertad, la democracia y la justicia. Mal se avienen esas afirmaciones con la experiencia cotidiana y que es la aceptación implícita por la mayoría de nosotros de la realidad autoritaria. Pasado el momento de entusiasmo democrático que produjo la movilización electoral de 1988, en buena parte de la sociedad volvió a sentar sus reales la vieja indiferencia y resignación que sobrevinieron a la frustración colectiva que produjo el anuncio oficial de la "caída del sistema de cómputo" y a las pruebas de fraude electoral masivo en julio de 1988 y en otras de las elecciones locales que siguieron.

★

La cultura política heredada de la época colonial —y que se puede sintetizar en la famosa frase del virrey sobre el papel que les tocaba desempeñar a los *ahbits* novohispanos: es propio de aquellos que "nacieron para obedecer y callar"— sigue viva en muchas partes del

México que en busca de una modernidad siempre huidiza se dispone a firmar un tratado que lo unirá como nunca antes a la sociedad moderna por redefinición: Estados Unidos. La herencia autoritaria mexicana es tremenda, pesada en exceso: tres siglos de brutal obediencia colonial seguidos de un siglo XIX donde las constituciones democráticas "se obedecieron pero no se cumplieron", y rematada por un siglo XX donde desde las elecciones del congreso constituyente de 1916 hasta las del día de hoy el poder ha sido invariabilmente mantenido y transmitido dentro del círculo de hierro de la famosa "familia revolucionaria" y sus herederos postrevolucionarios.

Por años, por siglos, el mexicano ha sido un súbdito que se ha dado por bien servido si sus gobernantes no abusan de él en exceso y simplemente se apegan a las normas, no escritas pero bien conocidas, de un paternalismo de origen feudal. Los favores personales o al grupo, una obra de beneficio a la comunidad —alcantarillado, alumbrado, un camino, una escuela, un subsidio, etcétera—, un empleo, una frase de halago, una invitación al presidium, son algunas de las mil formas con que el poder disuelve con deprimente frecuencia entre nosotros la demanda por los derechos legítimos. Y cuando esa condescendencia no basta, entonces se encuentra la fuerza y el fraude.

En resumen, hay que reconocer, como nos lo sugirió el presidente Havel, que si el autoritarismo mexicano se mantiene pese a la ola democrática que invade hoy al mundo, y que si el PRI se propone entrar invicto al siglo XXI, parte de la culpa la tenemos que cargar nosotros, la mayoría, pues aún no hemos sido capaces de sacar fuerzas de flaqueza y luchar como sociedad para pasar de la condición de súbditos a la de ciudadanos responsables de nuestro propio destino.